

Un pirata honrado

Y entonces yo diré que fui amigo de este hombre que definió la libertad como una vocación, como un deseo, como una muchacha alegre. Eso diré. Y dicho esto se me perdonarán todas mis maldades. Se me perdonarán porque allá, donde me imagino, habitará una mujer influyente. Y esa mujer sabrá de aquel poema que este pirata honrado le escribió a otra mujer que tendida en un sofá se acarició los brazos, las rodillas, el pelo y empezó a desvestirse mientras sonaba una canción y los autobuses aquietaban la ciudad.

—¿Qué canción sonaba?

—Y a usted qué le importa.

Estos días suyos de teatros españoles y americanos, **José Agustín Goytisolo** sale al escenario, se pone las gafas de decir poemas y un **Paco Ibáñez** procedente de París coge la guitarra de cantar. En ese preciso instante todas las novias que fueron o son se nos van con ellos al escenario y nos dejan muy sentados en el patio de butacas.

—¿Sin avisar?

—Sin avisar.

Las novias son así. Se nos van con ellos porque los alborotos, las entradas, las colas, los estadios olímpicos; todo eso de los conciertos sudados con sus humos genitales, sus gimnasias electrónicas y sus ruidos de colores está bien para un rato o hasta que la oreja dice basta, que también la oreja se planta y dice has-

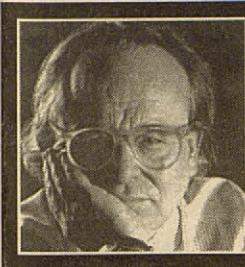
Cómo no se va a quedar con todas las novias si, según él, la mentira en la mujer es sólo un juego

ta aquí podíamos llegar. Luego, luego vuelve lo que ya está volviendo desde hace rato, aunque nunca se fue: la palabra. Y es entonces cuando nuestro hombre se pone las gafas de decir poemas y nos quita la novia. Así es la vida. Así es este poeta que sabe decir esas cosas que tanto les gusta escuchar a las novias que nos dejan. Cosas como sólo tú eres libre, sólo tú sin amo.

Las novias, las casadas, las separadas, las que están a punto de separarse y también las casadas, todas ellas, se llaman **Julia** aunque las llamen Patricia o Sara. También las llamadas Cristina, Alejandra o Almudena se llaman Julia. Y un día —que siempre es una larga noche— todas ellas necesitan descubrir o regresar a las palabras que este **Goytisolo** escribió para ese día que siempre es una noche larga. Pero ándate con ojo, muchacha alegre, que nuestro hombre es pirata honrado, pero quizás aparenta sentir frío para que lo tapes mejor.

Ahora que el tiempo, la política, los fugados, los cartagineses o los persas amenazan, eso dicen, con tirar de la manta, tal vez deberíamos contar aquí la historia de una manta.

—¿Zamorana?



ARTURO
SAN AGUSTÍN

CARLOS MONTAÑÉS

Anda por los muchos teatros de las Españas y las Américas diciendo sus poemas y canciones; diciendo, no recitando, declamando o gesticulando, que estas cosas son gerundios u oficios de gentes celestiales. Anda con **Paco Ibáñez**, que es andar en buena compañía. Acaban de editarle un disco con sus palabras, que son —nunca te entregues— palabras para Julia.



Ay Chana, José Agustín Goytisolo sabe cuánto te gustan las avellanas.

—Cuartelera.

Resulta que fue precisamente por una manta cuartelera que la organizó poética nuestro hombre. Hablamos de entonces, de

cuando el servicio militar, de cuando iba vestido de alférez por las compañías o batallones de Menorca. La organizó porque, estando una tarde vestido para

ordenar, en vez de ordenar le dio por defender a un soldado acusado de haber robado una manta. Esa fue la primera vez que ejerció de abogado. Despues de

esa primera vez sólo ha ejercido de lo mismo en dos o tres ocasiones y siempre para defenderte a sí mismo o a los amigos.

—Así que usted no le presen-

taría a su novia.

—Yo no he dicho eso.

—Pues yo he entendido que se queda con todas las novias.

Cómo no se va a quedar con todas las novias, con todas las casadas y cansadas si, según él, la mentira en la mujer es sólo un juego. Y nosotros, ingenuos abandonados, aplaudiéndole la gracia mientras nos sigue diciendo que si una chica tiene dos novios es porque le sobra amor.

—¿Dónde le dijo eso?

—Creo que fue en Granada, a las tres de la madrugada. **Rafael Alberti** estaba de acuerdo.

Cuando **José Agustín Goytisolo** dice sus poemas en el escenario, viste de negro. Para que se vea mejor el poema o la canción, que es él. Así son estos poetas verdaderos. Muy suyos, muy ellos. Son muy ellos, pero —menos lobos— también son sus mujeres, que no están detrás de ellos, como asegura la tradición, sino en ellos. Y sin esas mujeres —que no se ven porque son— no hay poeta, poema, canción, escenario, nada.

A esa indumentaria negra de escenario, a ese casi luto de gitano ortodoxo, este poeta siempre le añade un humo exagerado, provocador y fotogénico de tabaco también negro, que no se traga porque, como ya se ha insinuado, sirve para eso: para las fotos y para que los ex fumadores de Nueva York —que son los más conversos de toda la cristiandad— lo corran a gorrazos y

A ese casi luto de gitano ortodoxo, este poeta le añade siempre un humo provocador que no se traga

con mucho patín por la Séptima Avenida, gritándole en americano cosas así como: al fumador, al fumador, al fumador.

A este poeta —que a veces finge sueño para que no le descubran el halcón bueno que anda en su fachada— también lo persiguen por otras avenidas más próximas los que intentaron hacernos creer en el colegio que los grandes hombres eran grandes. Siguen sin perdonarle aquello que escribió, todo aquello: que **Alejandro** fue un mal alumno de **Aristóteles**; que **Diógenes** fabricó moneda falsa; que **César** usó peluca y se vestía de matrona romana y que **Alfonso el Sabio** compartió amante con el rey de Murcia. Y también lo miran mal los directores generales de las compañías aéreas que saben de aquel verso suyo que dice: "Coloquen sus cadáveres en posición vertical".

Cuando uno tampoco puede más y dice aquí me quedo; cuando alguien le recuerda a uno que no sirve para nada, lo mejor, siempre, es acudir a **José Agustín Goytisolo**, a quien, según él, su padre le decía, moviendo así la cabeza, que no servía para nada.

Y ayuda.